



Julián Ibáñez

RATA CONTRA
MADAME
EN EL METRO
DE NUEVA YORK



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n^o 32 —

SERIE BELLÓN, 18

MADRID • MMXXIV

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:
© Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS
Edición: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Impreso por Copias Centro (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Primera edición: ABRIL 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-70-9
Depósito legal: M-7476-2024

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

I

Me volví cuando oí que se levantaba.

—Tengo un problema —dijo, pero como pensando en otra cosa.

Se quedó sentada al borde de la cama, en bragas. No respondí. Permaneció esperando mi respuesta y al fin se levantó.

Pero no fue al baño, fue a la silla donde había dejado la ropa, cogió la camiseta y se la puso, luego cogió la cartuchera para dejarla en el aparador.

Tenía un armazón grande y era tirando a feilla, o fea total, por eso pagaba para que le fumigaran el avispero de vez en cuando. Habíamos tirado un par de còrners, pero no se había movido, y de su garganta no había salido ningún gemido, me había parecido muy seria, casi triste.

—¿Qué problema? —le pregunté.

Siempre dejaba la cacharra bien a la vista, como decía el manual. La llevaba poco, y prefería la cadera, debajo de la chaqueta o de un chandal muy holgado. Solo si tenía que arrestar

a uno de esos tipos que hablan poco y se mueven rápido, o en un seguimiento a un rufián mal afeitado.

—Una amiga... Es una amiga. Un tipo no la deja en paz... Un fulano, un salido.

—¿Se la quiere tirar?

—¿Tirar? Es probable.

Mis ojos viajaron de arriba abajo por su cuerpo y le dije, para darle ánimos:

—Tú, ¿sabes que estás muy bien, que estás muy buena?

Movió el culo.

—Muchas gracias.

—¿Le ha denunciado?

—¿Denunciado? Ya sabes lo que eso.

Lo sabía, a un tío encoñado le daban igual las denuncias.

—¿Y por qué no intervienes?

No pensó la respuesta.

—No quiero que ella lo sepa.

—¿Le conoces, al tío?

—No.

Subí la sábana y la manta y me las coloqué debajo de la barbilla.

—¿Y qué quieres?

—Que hagas algo.

Tírarle de las orejas, por ejemplo.

—¿Tírarle de las orejas? ¿Y si me pega un tiro? Puede ir armado.

—Seguro que tiene mala puntería.

Aquella salida me chocó. Porque era cierto que podía ir armado, a lo mejor era un rufián. Podía haberle dicho que no, que se lo encargara a otro. Pero Bellón tenía una etiqueta con el precio y, además, estaba muy calentito en aquella cama, entre sábanas sin remiendos, oliendo a rosas, con un ventanal a su izquierda que daba a un árbol frondoso. Por eso contesté:

—Me toca tírarle de las orejas.

—Te toca... Será mejor que ella no lo sepa. Se lo debo.

Podía comprenderlo. Su amiga preferiría que nadie se metiera en sus asuntos, por muy asustada que estuviera.

Añadió que se llamaba Celia, me dio su dirección y que llegaba a casa a eso de las diez. No dijo nada de pagarme, y yo no se lo pregunté.

—No me esperes —dijo.

Se metió en el baño. Me levanté, me puse los pantalones y metí la mano en el bolsillo. Encontré el de cincuenta habitual, no le había visto dejarlo, era muy discreta. Supuse que aquel billete tendría un hermano gemelo porque Bellón iba a hacer

el encargo de tirarle de las orejas a un acosador sin pistola. Un adelanto hubiera estado muy bien.

Salí del chalet.

Yo tenía un estudio que me dejaba una inmobiliaria por echarles una mano con los okupas. Pero ella prefería aquella habitación, que se la dejaban, eso me había dicho. Era un chaletito de dos plantas, nada nuevo y muy hortera, porque el dueño debía ser un hortera de los de antes. Con muchos dorados, floreros con plantas de plástico y muebles de mercadillo pero con las patas curvas como recién traídos de Francia. El jardín estaba poco cuidado, tendría trescientos metros y, en una de las pilastras de la cancela, habían colocado un escudo nobiliario, de piedra muy gastada, bastante inclinado porque había cedido el cemento, como si el señor conde le hubiera pegado a la botella.

Me pasé por el almacén para preguntar si iban a tener camión. Que lo sabrían a eso de las nueve.

Fui al Calipso. Las chicas estaban reponiendo botellas. Le pregunté a Cristian si iba a necesitar que les echara una mano. Hizo cuentas y que de una a tres. Sesenta pavos y dos cervezas, aunque esto no me lo dijo y siempre me tomaba tres o cuatro y no me las cobraba.

Faltarían unos minuto para las diez y ya me encontraba en la acera de enfrente del 19 de Doctor Casares Pacheco, donde Serena me había dicho que vivía Celia, su amiga.

Era un bloque de cuatro plantas, con muy buena pinta, con poco cemento y mucho cristal. Había dejado el buga en Sisinio Delgado, a unos cinco minutos, porque podía haber tortas y no quería que me identificaran. Si acosaba a una mujer que vivía en uno de aquellos pisos, no sería un cualquiera, así que debía andarme con cuidado. La calle era ancha, con poco tráfico a aquella hora y, al otro lado, había un jardín con árboles y farolas.

Cruzaban algunos bugas conducidos por fulanos sin ninguna prisa por llegar a su destino, por la mañana harían el trayecto contrario, sin ninguna prisa por llegar a su destino, algún día pisarían a fondo rumbo a los Mares del Sur.

Hacía una noche regular, algo ventosa, no había nubes, ni luna y, si las farolas estuvieran apagadas, se podrían contar las estrellas.

Un par de minutos y un Fiat azul oscuro aparcó delante del número diecinueve. Al volante iba un tío. No bajó del buga, se quedó allí, mirando hacia adelante muy fijo. Podía apostar a que era el acosador porque parecía estar esperando algo.

Nos separaban unos treinta metros y no podía calcularle la edad, por los cuarenta, por ahí, tirando a grande, tanto como yo, seguro que con más barriga. No tenía barba, me pareció que tampoco bigote, ni gafas, ni gorra. Pasó el tiempo, cinco, diez minutos, y el tipo no se movía.

De vez en cuando pasaba un autobús casi vacío. Todo el mundo estaba ya en casa. El tío del Fiat seguía sin hacer nada, solo mirar hacia adelante. Podía ser la noche en que tenía programado asesinarla, si pensaba hacerlo llevaría una cacharra, le pegaría dos tiros, pam pam... más tiros para estar seguro, cinco o seis, porque no le caía bien, así que yo debía andar con cuidado, sacudirle con la cachiporra antes de que sacara la cacharra. La cachiporra pequeña sería suficiente. Pero le sacudiría a un tío que a lo mejor era ingeniero, o médico. No se lo había preguntado a Serena que no sabría qué era, aunque estuviera justificado sacudirlo porque salvaba la vida a la tal Celia, quizás hasta me ponían una medalla.

Apareció un Mercedes azul crepúsculo, uno de esos modelos pequeños, sólidos y caros, que enfiló el garaje del número 19. El

portón comenzó a elevarse pero el Mercedes no entró, se había detenido en lo alto de la rampa. La puerta del conductor se abrió y apareció una mujer. Aposté a que era Celia. Muy decidida, se dirigió donde el tío que también había salido del Fiat. Salí yo también del buga y crucé la calzada.

Discutían. O no. Era ella la que hablaba, sin dejarle meter baza, sin gritar pero se podía adivinar la dureza de sus palabras. Incluso parecía a punto de sacudirle una hostia. Me detuve antes de pisar la acera, estaba muy desconcertado. ¿Era aquella la mujer que necesitaba protección? Por un momento pensé que me había equivocado de persona. La protección la necesitaba él. Quería decir algo pero ella no le dejaba. El tipo logró levantar las dos manos y pareció reponerse un poco. Soltó un par de frases cortas y contundentes que a ella le hicieron dudar un poco.

—¿Sí? ¿Y cuánto es eso?

—¡Te lo dirá mi abogado! ¡Él te lo dirá!

—¿Ansorena? ¿Te refieres a Ansorena? ¿Manolín? Estúpido. Le acabo de ver y no me ha dicho nada. Será porque no le pagas. Demasiado caro para ti.

—Solo son un par de palabras. No tienes nada que perder.

—Demasiadas palabras.

Se rió un poco porque se lo tomaba a broma. Esto tenía que cabrear aún más al tío que se acercó a ella y levantó el puño.

—¡Hija de puta!

Pero ella no retrocedió, ni levantó los brazos.

—¡Eh!

Subí a la acera y fui donde ellos. Celia dio media vuelta y enfiló hacia el Mercedes. El tío había vuelto la cabeza desconcertado. Celia, subió al buga, arrancó y entró en el garaje. Entonces el tío se me encaró.

—¿Quién coños eres tú? ¿Tú quién eres?

—Es una mujer. La ibas a sacudir. ¿Te gusta sacudir a las mujeres?

Estaba muy desconcertado.

—¿Y qué, gilipollas? ¿quién eres tú? ¿quién eres?

—... Su primo.

—¿Su primo, tú? —vino hacia mi—. No tiene primos, gilipollas.

Venía gente, una pareja, no me interesaban los testigos. Le di la espalda y comencé a cruzar la calzada.

—¡Eh, tú!

Me volví. Chulesco, me indicó con la mano que le esperara. Seguí caminando, alcancé la acera y le esperé. El tipo cruzó y, cuando le tenía a un par de metros, me plantó delante de los morros un carnet de poli.

—¿Qué tal si hacemos una visita a comisaría, gilipollas?